Lecciones de la transición europea: de las mesas redondas a la desintegración de Yugoslavia

https://freechina.live/espanol/lecciones-de-la-transicion-europea-de-las-mesas-redondas-a-la-desintegracion-de-yugoslavia/

Descargas: lecciones-de-la-transicion-europea-de-las-mesas-redondas-a-la-desintegracion-de-yugoslavia-downloads.pdf • lecciones-de-la-transicion-europea-de-las-mesas-redondas-a-la-desintegracion-de-yugoslavia-downloads.docx

Volumen de referencia de los «Tres libros de preparación para la transición» | Movimiento por una China Libre

Este artículo aporta evidencia histórica comparada para los Tres libros de preparación para la transición: examina, caso por caso, ocho casos europeos de 1989–1991 a la luz del sistema de indicadores propuesto en el volumen sobre el momento oportuno, y ofrece precedentes para el diseño de roles del volumen sobre la acción. Los hechos históricos citados son verificables públicamente; los juicios se señalan como conclusiones analíticas.

Introducción: por qué mirar a Europa

La China de 1911 ofrece una muestra local: erosión de la alianza, estructuras receptoras preestablecidas y un desenlace negociado. Pero un solo caso no permite inferir reglas. La Europa de 1989–1991 ofreció, en menos de tres años, un grupo de control casi de laboratorio: el mismo campo ideológico, el mismo entorno de presión externa y niveles de desarrollo económico semejantes, con resultados que abarcaron todo el espectro, desde la negociación en mesa redonda hasta la guerra civil y la masacre. Las diferencias se explican por la estructura: en qué dimensiones se resquebrajó primero la alianza, en qué nivel de la maquinaria estatal existían estructuras receptoras, qué elección hizo la maquinaria coercitiva en el momento crítico y a lo largo de qué eje se organizó la movilización. Este artículo examina cada caso y reúne al final las regularidades transnacionales en conclusiones directamente citables para el escenario continental.

I. Polonia: la estructura receptora existía antes del colapso del régimen

Polonia es el caso en el que la palabra «preparación» pesa más de los ocho. Cuando nació Solidaridad en 1980, era un sindicato independiente con casi diez millones de afiliados; tras la represión de la ley marcial de 1981, pasó a la clandestinidad y sobrevivió ocho años gracias a la protección de la Iglesia, la prensa clandestina y la red de sindicatos occidentales. Cuando se celebró la mesa redonda entre febrero y abril de 1989, frente al régimen no se sentó una multitud, sino una autoridad alternativa ya constituida, con programa, negociadores y una red organizativa nacional. En las elecciones semilibres del 4 de junio, Solidaridad ganó todos los escaños en disputa (los 161 escaños de la Dieta en juego y 99 de los 100 del Senado); en agosto, Tadeusz Mazowiecki se convirtió en primer ministro.

El papel de la maquinaria coercitiva merece un apunte aparte: el ejército y las fuerzas del interior polacas no dispararon en 1989, y no fue por falta de capacidad. El propio régimen de Jaruzelski eligió la mesa de negociación, y el ejército aceptó esa decisión. La forma final de la alianza fue, por tanto, la siguiente: la legitimidad llevaba mucho tiempo agotada (la ley marcial de 1981 fue su último descubierto), las finanzas estaban aplastadas por la deuda, pero la escisión se completó en forma de negociación y la maquinaria coercitiva obedeció la decisión política. La correspondencia con China es la más directa: la mesa redonda fue posible porque la estructura receptora llevaba diez años construida de antemano.

II. España: negociadores dentro del régimen y el pacto de amnistía (caso previo)

España es anterior a 1989 en catorce años, pero es el prototipo de la «transición negociada», cuyo mecanismo se repitió una y otra vez en Europa del Este. Tras la muerte de Franco en 1975, la transición la dirigió Adolfo Suárez, que era el propio primer ministro del antiguo régimen; la Ley de Amnistía de 1977 amnistió a la vez a los presos políticos y al personal del antiguo régimen, el Partido Comunista de España fue legalizado, los Pactos de la Moncloa incorporaron el coste social del ajuste económico a un consenso de élites, y la Constitución de 1978 fue redactada conjuntamente por todas las fuerzas. La escena decisiva del fracaso del golpe de Tejero en 1981 fue la negativa pública del Rey, tras la cual el ejército acató la autoridad constitucional.

La lección del caso español es doble. Primera: el activo más valioso de una transición suele ser un negociador que está dentro del régimen y, sin embargo, está dispuesto a negociar la disolución del propio régimen; es la versión positiva de la posición de Yuan Shikai: con la credibilidad de quien maneja la vieja maquinaria, negocia el precio del nuevo orden. Segunda: el pacto de amnistía no es debilidad, sino fijación de un precio: los miembros de la vieja alianza entregan el poder a cambio de una salida segura para su persona y sus bienes. Ese precio fue verificado después por Polonia (la política de la «línea gruesa») y por Sudáfrica (la verdad y la reconciliación). Sin un precio de salida, la vieja alianza no tiene motivo para no luchar a muerte.

III. Hungría y Alemania Oriental: dos desintegraciones «sin chispa»

La transición húngara fue encendida por los reformistas de dentro del partido gobernante. En enero de 1989, Imre Pozsgay calificó públicamente los sucesos de 1956 de «levantamiento popular», lo que equivalía a que el propio partido gobernante demoliera el último pilar de su legitimidad; siguieron la mesa redonda nacional, la proclamación de la República el 23 de octubre y las elecciones libres de 1990, casi todo el proceso sin violencia. Hungría aportó además un efecto de contagio: en mayo de 1989 desmanteló la alambrada de la frontera con Austria y en septiembre dejó pasar a los refugiados de Alemania Oriental hacia el oeste, encendiendo directamente la cadena de desintegración de Alemania Oriental.

Alemania Oriental demostró otra estructura: no había en el país una estructura receptora constituida, y quien asumió el relevo fue un Estado externo ya existente; el nuevo régimen nacional nunca llegó a aparecer. Las manifestaciones de los lunes en Leipzig reunieron a setenta mil personas el 9 de octubre de 1989 y las autoridades locales decidieron finalmente no disparar: ese fue el punto de inflexión de todo el caso; tras la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre, el régimen se evaporó en pocos meses y Alemania Oriental terminó en octubre de 1990 incorporándose a la República Federal de Alemania. La lección de Alemania Oriental es el espejo invertido: cuando falta la estructura receptora, la transición puede seguir sin derramamiento de sangre, pero el destino del resultado no lo deciden los propios ciudadanos. Esta lección debe, sin embargo, delimitarse en su ámbito de aplicación: lo que el caso de Alemania Oriental refuta es la absorción por un Estado externo a la tradición constitucional nacional, no la «estructura constitucional

preexistente» en sí. Para la China continental, esta distinción es crucial: el marco preexistente candidato no es extranjero, sino el orden constitucional de la República de China, que procede de la propia tradición republicana china, subsiste desde 1912, cuya Constitución fue promulgada por la Asamblea Nacional Constituyente de 1946 y que ya ha completado su democratización en Taiwán, donde la Constitución, las elecciones, los tribunales y el funcionariado civil funcionan en la práctica.

La investigación y la posición del Movimiento por una China Libre se desarrollan precisamente en esta línea: el proyecto 《宪政转型与制度架构》 sostiene que, una vez que el PCCh pierda el poder efectivo en el continente, la transición debe avanzar por el marco de continuidad constitucional de la República de China (Taiwán), y no apelar a una autoridad militar o revolucionaria sin límites; en esta serie, 《大陆民主转型与中华民国宪政恢复》 examina sistemáticamente los escenarios y las condiciones para restaurar el sistema constitucional de la República de China en el continente, y 《中华民国（台湾）参与大陆民主转型》 verifica una por una las condiciones de participación según la legislación vigente. Durante décadas, las figuras representativas del movimiento democrático han formulado el mismo juicio una y otra vez. Wang Bingzhang sostiene que restaurar la República de China en el continente es la opción «más directa, más concreta y más viable» para lograr la democracia constitucional, y la que permite aplicar la Constitución más rápidamente. Xin Haonian reivindicó la República de China con 《谁是新中国》 y en 2014 proclamó junto con el Comité de Trabajo para la Restauración de la República (Continente) que «restaurar la República es la dirección correcta y el mejor camino para la transición democrática de China»; su plan de «preservar el gobierno y eliminar el partido» (去党留政） reduce el coste de la transición manteniendo en funcionamiento la continuidad del sistema administrativo. Feng Congde aboga por la «republicanización» del continente para evitar una «putinización»: una vez que el PCCh colapse, se debe volver de inmediato a la República de China, tomando la Constitución de la República de China de 1946 como constitución provisional, para asentar la situación general; declarar directamente el retorno a la «Constitución del 46» puede reducir al máximo el coste de redactar una constitución y evitar que la sociedad caiga en la división por «reinventar la rueda». El discurso de Lian Shengde en Washington en 2004 formuló esta línea de legitimidad de la manera más completa: en 1912 el pueblo chino estableció «la primera república de Asia: la

República de China», y la tarea de hoy es poner fin al régimen totalitario de Pekín y construir «una tercera república verdadera». Siguiendo esta línea, el marco de la República de China no es para el continente una absorción externa al estilo de Alemania Oriental, sino un conjunto de estructuras receptoras nacionales que pueden reactivarse, y es el camino candidato de menor coste: ahorra todo el coste de redactar una constitución desde cero, reconstruir la maquinaria estatal y volver a acumular legitimidad. La preparación previa dentro del propio país sigue siendo indispensable —la organización, el programa y los canales de negociación mostrados en los casos de este volumen pertenecen a esa categoría— pero su posición es preparar de antemano la recepción y la preparación de legitimidad para la restauración de este marco, no afirmar que la salida solo pueda construirse desde cero.

IV. Checoslovaquia y Rumanía: dos extremos en la misma semana

En noviembre de 1989, Praga y Bucarest, separadas por pocos días, ofrecieron un contraste completo de la variable «la elección de la maquinaria coercitiva».

Checoslovaquia: el 17 de noviembre una manifestación estudiantil fue golpeada por la policía; al difundirse la noticia, Havel y otros formaron en dos días el Foro Cívico; una semana después hubo una huelga general, y en seis semanas cayó el gobierno comunista; Havel fue elegido presidente el 29 de diciembre. El Foro Cívico era una estructura receptora improvisada a toda prisa; pudo funcionar gracias a la reputación acumulada por el movimiento disidente durante más de una década (la Carta 77), al agotamiento total de la legitimidad del régimen y a que el ejército se negó a intervenir desde el primer momento. El «divorcio de terciopelo» de 1993, por el que Chequia y Eslovaquia se separaron pacíficamente, demuestra además, desde el otro lado, que la desintegración de una federación no tiene por qué ser sangrienta, siempre que no haya fuerzas armadas a nivel de república y que los canales de negociación entre las élites estén intactos. Recuérdese esto: es el grupo de control de Yugoslavia.

Rumanía: la represión de Timișoara del 16 de diciembre provocó una propagación en cadena; el 21 de diciembre una concentración en Bucarest cambió de bando, y al día siguiente Ceaușescu huyó en helicóptero. Tras la muerte del ministro de Defensa Milea, el ejército pasó a combatir contra las fuerzas de seguridad (la Securitate), y el 25 de diciembre los Ceaușescu fueron ejecutados tras un juicio sumarísimo. Todo el

caso dejó más de mil cien muertos, el único caso sangriento de Europa del Este en 1989. A Rumanía le faltaron tres cosas: no hubo mesa redonda (el régimen rechazó cualquier negociación hasta el último momento), no hubo una estructura receptora independiente (el Consejo del Frente de Salvación Nacional que asumió el poder era la segunda línea del partido gobernante), y la maquinaria coercitiva se dividió a mitad de camino entre el motín y la lealtad. La conclusión es dura: cuando el viejo régimen bloquea todos los canales de negociación y la maquinaria coercitiva se divide a mitad de camino, la sangre procede sobre todo del vacío en el que «nadie puede ordenar el alto el fuego», no de la represión en sí. El diseño del volumen sobre la acción —«dejar una puerta a quienes cambien de bando y que los canales de negociación existan de antemano»— fue escrito precisamente para esta página.

V. La Unión Soviética en 1991: las tres condiciones del fracaso de un golpe

El golpe del 19 de agosto de 1991 es el caso más cercano de este artículo al tema de las «acciones de un pequeño grupo»: un puñado de figuras del más alto nivel (el vicepresidente, el primer ministro, el presidente del KGB y el ministro de Defensa) intentó revertir el colapso de la Unión con una proclama y tanques en la ciudad. Fracasó en 72 horas. Vale la pena registrar una por una las condiciones del fracaso: primera, la estructura receptora ya existía en la forma de la «República de Rusia», Yeltsin era el presidente electo de la república, y el golpe se enfrentaba no a una facción, sino a todo un conjunto paralelo de instituciones legítimas; segunda, ruptura en la ejecución: la unidad Alfa se negó a asaltar la Casa Blanca, parte de la división Tamán se pasó a los defensores, y la cadena de mando se negó a funcionar justo en el punto más crítico; tercera, fracaso del bloqueo informativo: los golpistas no pudieron apagar los medios internacionales ni las redes de fax y teléfono, el mundo entero lo estaba retransmitiendo en directo y los ciudadanos de Moscú pudieron coordinarse a partir de ello.

El resultado fue que la Unión completó su final en forma de desintegración del Estado: los Acuerdos de Belovezha de diciembre y el 25 de diciembre la Unión Soviética dejó de existir. Las regiones centrales apenas derramaron sangre; las periferias pagaron el precio: primero las muertes por represión en Tiflis (1989), Bakú (1990) y Vilna (enero de 1991), y luego las guerras de Nagorno-Karabaj y Tayikistán. Lo que el caso soviético sugiere para China no es la «desintegración», sino un hecho más sencillo: la probabilidad de éxito de un golpe o de una represión tiende a cero

cuando aparecen a la vez una estructura receptora y la negativa a obedecer; y una vez que existe una estructura paralela de legitimidad (un gobierno republicano elegido), ella es el primer lugar donde las órdenes del viejo centro dejan de cumplirse.

VI. Yugoslavia: la muestra negativa de este artículo, y también la más importante

Yugoslavia demostró algo inquietante: la transición puede tener pleno éxito en derrocar el viejo régimen y, al mismo tiempo, empujar al país al infierno.

La lista de condiciones, comparada una por una con los casos anteriores, es casi opuesta en todos sus puntos. La federación estaba vaciada desde hacía tiempo: la Constitución de 1974 había transferido el poder real a las repúblicas y provincias autónomas, y tras la muerte de Tito en 1980, de la federación solo quedaban una presidencia colegiada rotativa y un ejército federal. La crisis de la deuda de los años ochenta destruyó la capacidad de distribución fiscal de la federación, y la legitimidad se evaporó junto con el eslogan de la «fraternidad y unidad». Hacia 1989, las estructuras receptoras existían ciertamente, pero existían a nivel de república, y en forma nacionalista: Milošević se hizo con el poder desde 1987 movilizando el nacionalismo serbio, y las elecciones croatas de 1990 las ganó la nacionalista Unión Democrática Croata. Las elecciones de las repúblicas de 1990 se celebraron antes de cualquier arreglo democrático a nivel federal, lo que equivalía a trazar primero los bandos según la nacionalidad y luego invitar a los votantes a ocupar su asiento. Las repúblicas disponían además de las fuerzas armadas de la Defensa Territorial (TO), mientras que el Ejército Federal Yugoslavo (JNA) se transformaba gradualmente en instrumento del bando serbio.

La cadena posterior es de sobra conocida: en junio de 1991 Eslovenia y Croacia declararon la independencia, la guerra de los Diez Días, la guerra de Croacia (Vukovar), la guerra de Bosnia de 1992–1995 con limpieza étnica, la masacre de Srebrenica (julio de 1995, más de ocho mil bosnios musulmanes asesinados) y el Acuerdo de Dayton que puso fin a la guerra; la guerra de Kosovo se prolongó hasta 1999. El total de muertos en las distintas guerras fue de unas ciento treinta mil personas. La secuencia del reconocimiento internacional (Alemania reconoció a Croacia el 23 de diciembre de 1991, seguida del reconocimiento colectivo de la Comunidad Europea el 15 de enero de 1992) fue ampliamente criticada por dar luz

verde antes de que existieran arreglos sobre las fronteras y los derechos de las minorías, acelerando la carrera por los hechos consumados militares.

Lo que Yugoslavia enseña a China no está en los detalles, sino en los principios generales:

El eje de la movilización determina la especie de la transición. La movilización organizada en torno a la ciudadanía y a un programa constitucional (Polonia, Chequia) produce repúblicas; la movilización organizada en torno a la identidad nacional, religiosa o regional produce Yugoslavias. El primer principio de la ingeniería de la transición es fijar, antes de que comience cualquier movilización competitiva, la respuesta a «quiénes somos nosotros» como ciudadanos, no como sangre e identidad.

Una estructura receptora construida en el nivel equivocado equivale a prefabricar la desintegración. Los gobiernos nacionalistas a nivel de república, como estructuras receptoras, reescribieron el final de la federación de «transición» a «reparto más guerra». La estructura unitaria de China no presenta el riesgo concreto de fuerzas armadas republicanas, pero su forma general sigue siendo válida: cualquier arreglo de «recepción» organizado por región, departamento o facción pone precio a la fragmentación.

Los arreglos constitucionales y de ciudadanía deben ir por delante de la movilización. Yugoslavia celebró primero las elecciones y nunca negoció el orden constitucional federal; España redactó primero la Constitución y después hizo política normal. Allí donde se invierte el orden, corre la sangre.

La fragmentación armada es una de las condiciones suficientes de la guerra. La existencia de las fuerzas de Defensa Territorial de las repúblicas permitía que cualquier disputa política escalara a un enfrentamiento militar. China no presenta esta condición, y esa es una ventaja estructural del escenario continental frente a Yugoslavia, que debe contabilizarse honestamente en el análisis en lugar de suponer el peor de los casos.

VII. Síntesis transnacional: nueve regularidades

La existencia y el nivel de la estructura receptora determinan el tipo de desenlace. Existente y en el nivel central nacional (Polonia, España) → transición negociada;

improvisada a toda prisa (Praga) → entrega rápida; solo en un nivel secundario (las repúblicas yugoslavas, la Rusia soviética) → cambio de la forma del Estado; inexistente (Alemania Oriental) → absorción por una estructura externa ya existente.

El volumen de sangre es inversamente proporcional a la existencia de canales de negociación y directamente proporcional a la fragmentación armada. El único caso sangriento, Rumanía, murió por no tener mesa de negociación; la mayor sangre se derramó donde las armas se repartieron por repúblicas: Yugoslavia.

La conducta decisiva de la maquinaria coercitiva es «negarse» y no «cambiar de bando». La negativa de Alfa, el no disparar en Leipzig, la obediencia del ejército polaco a la negociación y la obediencia del ejército español al Rey: lo que cambió la historia fue siempre negarse a ejecutar, no un contragolpe. Esto verifica el juicio del volumen sobre el momento oportuno: la variable realista es la vacilación y la negativa en el momento crítico, no una defección conspirada de antemano.

Un precio de salida reduce significativamente la violencia. La amnistía, la «línea gruesa», las garantías de bienes y de la persona: cada vez que aparecen en la mesa de negociación, la voluntad de resistencia de la vieja alianza baja un escalón. La justicia de la rendición de cuentas debe conservarse, pero el momento y la forma de la rendición de cuentas son una cuestión de fijación de precios, no de postura moral (véanse las preguntas vigesimosexta a trigésima de esta serie).

Un negociador dentro del régimen es un activo inestimable. Suárez, la elección negociadora de Jaruzelski y la autodemolición de los reformistas húngaros demuestran que quienes giran dentro de la vieja alianza deciden más sobre el derramamiento de sangre que los desafiantes externos. El programa de transición debe reservar públicamente un lugar y dignidad a este tipo de personas.

El carácter imposible de cerrar la información es la correa de transmisión del efecto dominó. El fax y la radio occidental de 1989, la retransmisión en directo de Moscú en 1991, el telégrafo y la prensa de las concesiones de 1911 cumplen la misma función. A la inversa, cuanto más capaz es el régimen de cerrar el ecosistema informativo, menor es el radio de encadenamiento de la chispa, y esa es precisamente una de las diferencias señaladas en el volumen sobre el momento oportuno entre la China contemporánea y la de 1911.

El eje de la movilización importa antes que su magnitud. Primero preguntar «según qué se organiza» y luego «cuántos son». El programa ciudadano frente al programa identitario es la línea divisoria entre Polonia y Yugoslavia.

El federalismo no es el pecado original; el orden es lo que importa. La separación pacífica de la federación checoslovaca, la desintegración pacífica del centro soviético y la desintegración sangrienta de la federación yugoslava se diferencian en si las armas estaban fragmentadas, si la negociación entre élites estaba intacta y si la movilización se desplegaba según la identidad, no en el federalismo en sí.

El entorno internacional es un multiplicador, no una variable independiente. La perspectiva de la Comunidad Europea y la OTAN de «regresar a Europa» dio a las élites de Europa del Este un receptor externo determinado y elevó el beneficio de la conversión; Yugoslavia, tras la Guerra Fría, perdió valor estratégico y la contención externa se relajó con ella. En el escenario continental, el arreglo previo del reconocimiento internacional y del compromiso de no intervención (véase la parte de ultramar del volumen sobre la acción) cumple la misma función.

Conclusión: Europa y China en tres frases

Primera: antes de que llegue el momento, la única construcción que verdaderamente importa es una sola: construir la estructura receptora hasta que sea creíble, en el propio país y en el propio nivel, y coordinarla de antemano con el marco constitucional existente de la República de China (Polonia tardó diez años, y las asambleas consultivas de la China de 1911 tardaron tres). Segunda: en el momento, lo que decide el volumen de sangre no es el primer golpe, sino si la mesa de negociación ya existe, si el precio de salida ya está fijado y si la maquinaria coercitiva cree que quienes se nieguen a disparar no serán objeto de represalias después. Tercera: después del momento, el error más peligroso no es que la rendición de cuentas llegue demasiado despacio, sino dejar que la movilización se reorganice a lo largo de los ejes de la identidad y la región: esa es la entrada a Yugoslavia; la entrada a la República está en el otro lado, y en su dintel está escrita la palabra ciudadano.

(Este artículo es un volumen de referencia de los Tres libros de preparación para la transición, que cita el marco de indicadores del volumen sobre el momento oportuno y el diseño de roles del volumen sobre la acción. Para los casos fuera de

Europa: la sección sobre España ya se ha salido del ámbito de 1989 por su valor como prototipo; las experiencias de Sudáfrica, Chile y Taiwán se tratan en otro volumen.)

Versión: 1.1 (revisada el 3 de noviembre de 2026) — revisión de la exposición sobre Alemania Oriental en la sección tercera: incorporación de la delimitación del marco constitucional de la República de China como estructura receptora candidata y de las posiciones representativas; primera frase de la conclusión, adaptada en consecuencia.

Esta serie: Los Tres libros de preparación para la transición y volúmenes de referencia

Uno · Volumen sobre el momento oportuno: 《转型窗口何时到来：以”统治联盟”框架分析大陆民主转型的条件与指标》

Dos · Volumen sobre la difusión: 《渠道战略札记：恢复”推送”的职能，而非旧机器——反垃圾与防火墙时代的墙内触达》

Tres · Volumen sobre la acción: 《时刻到来之前、之中与之后：不同位置者的行动指南》

Volumen de referencia: 欧洲转型的经验与教训：从圆桌会议到南斯拉夫解体 (el presente artículo)

Página principal de la serie: 《中华民国（台湾）与大陆民主转型研究》